

todas ocasiones por el Emperador, y especialmente derribar, sin orden espresa del tribunal de ritos, una iglesia que habia respetado este mismo tribunal en las mas furiosas persecuciones anteriores.

35. Entre los cristianos de esta provincia habia un médico, llamado Tchintasen, á quien con razon miraban los infieles como una de las columnas de aquella iglesia. Con pretesto de visitar á los enfermos iba de casa en casa á exhortar á los fieles á la constancia, y á unos les daba libros de devocion, y á otros rosarios y estampas, para sostener y animar su fervor. Le condenaron á ser apaleado y puesto despues á la vergüenza, metido el cuello entre dos tablas de tres pies en cuadro y de sesenta á ochenta libras de peso. Aunque este tormento es tan doloroso como infame, fue á echarse á sus pies un jóven á quien habia sacado de pila, y le suplicó llorando que le permitiese ocupar su lugar. „¿Pues qué, hijo mio (le replicó el virtuoso médico), quieres arrebatarme la corona que me presenta el Señor? No permita Dios que yo te la abandone. Es muy apreciable para mí este favor, y conozco cuánta dicha es ser juzgado digno de padecer algo por un Dios que padeció infinitamente mas por nosotros.” Una negativa tan bien fundada solo sirvió para avivar mas los deseos del jóven. Fue, pues, á buscar á los jueces, y á suplicarles que le diesen permiso para ocupar el lugar en que estaba el médico. No quisieron darle oidos; pero no desmayó por eso, antes bien acudió volando al lugar del suplicio, persuadido de que le seria mas fácil

conseguir aquella gracia de los verdugos que de los jueces; y habiendo llegado tarde, se mostró inconsolable. Encontró al confesor de Jesucristo, que, acardenalado todo el cuerpo y bañado en sangre, hacia que le llevasen á la iglesia, para dar allí gracias al Señor. No podia disimular el gozo de que estaba inundado, y decia á los que iban á consolarle: „no me tengais lástima por lo que he padecido, antes bien sentid que no haya tenido la dicha de dar la vida por nuestro buen Jesus.” El ejemplo de una fe tan heroica, fortaleció á los cristianos y edificó maravillosamente á los idólatras, de los que muchos, aun de las clases distinguidas, pidieron el bautismo, á pesar del inminente peligro de ser sacrificados á la rabia del perseguidor.

36. Entretanto el padre Intorcetta, que veía el gran riesgo á que estaba espuesta la religion, aconsejó á los jesuitas que residian en la corte, y los instó á que se valiesen del favor que gozaban con el Emperador, para contener las tropelías de un tirano que nada menos se proponia que destruir el cristianismo en la China. El padre Gerbillon, que era uno de los mas célebres, comunicó desde luego estas tristes nuevas al personaje mas respetable de la corte que, á pesar de que era infiel, le honraba con una amistad que rayaba en trato familiar. Era este el Príncipe Sosan, emparentado con el Emperador, tio inmediato de la Emperatriz madre del heredero presuntivo de la corona, condecorado con los mayores empleos, y lo que es mas, por una escepcion sin egemplar en los

tiempos anteriores, habia egercido diez años enteros el cargo de *colao* ó gefe de los consejos, que es el primero del imperio. Su ingenio vivo y brillante, juicio sólido, penetracion, prudencia y esperiencia, le habian grangeado toda la confianza del Emperador, el cual hacia tanto aprecio de sus consejos, que nada egecutaba sin consultarle. Además de las cualidades que hemos dicho, era naturalmente recto, equitativo, generoso y amigo perfecto.

Lo que mas habia contribuido á la amistad de este Príncipe con el padre Gerbillon, fue la paz que negociaron los dos entre los chinos y los moscovitas, cuyo éxito atribuia enteramente el Príncipe (¡tal era la franqueza y nobleza de su alma!) al padre Gerbillon y á su compañero el padre Pereira. Mucha admiracion causó en Francia lo que escribieron entonces desde la China los misioneros franceses, á saber, que aquel imperio y el de Rusia eran limítrofes, y estaban actualmente en guerra; y parecieron tambien cosa muy extraordinaria las conquistas de los moscovitas en las estremidades del Asia, en el discurso del siglo siguiente. Veamos como se verificaron estos sucesos.

37. Penetraron unos siberios hasta Moscovia, en el reinado de Teodoro, segundo gran duque titulado Czar, para vender allí pieles de martas, llamadas *cibellinas* del nombre del país. Como estas peleterías eran mas hermosas que todas las que hasta entonces se habian visto en su clase, y comunes en aquellos vastos desiertos, ofrecian un ramo precioso de

comercio. Boris, primer ministro, hombre de gran talento y penetracion, que pensaba ya entonces en subir al trono, como lo consiguió despues, envió embajadores á los siberios para convidarlos á que hiciesen alianza con los moscovitas. Estos embajadores se llevaron consigo algunos de los principales de la nacion, que jamás habian tenido habitacion fija, ni casi otra sociedad que con los animales de sus desiertos. Prendados de la grandeza de Moscou, de la magnificencia de la corte y de la buena acogida que se les dió, recibieron con acciones de gracias la proposicion que se les hizo de que no formasen ya mas que un solo pueblo con los moscovitas, y reconociesen al Emperador de Moscovia por su Emperador y por su defensor comun. Las relaciones pomposas que hicieron despues á sus compatriotas, los regalos que les llevaban, y las seguridades que les daban de una proteccion poderosa, los movieron sin dificultad á ratificar el tratado.

Unidos de este modo los moscovitas con los siberios, recorrieron las tierras inmensas comprendidas bajo el nombre de Gran-Tartaria, siguieron siempre la misma línea de occidente á oriente, declinando algo hácia el mediodia, edificaron de distancia en distancia ciudades ó fortalezas á la orilla de los principales rios y en los desfiladeros de los montes, para asegurarse el paso, y llegaron hasta las fronteras de los tártaros orientales, ó de los tártaros manchus que se habian apoderado de la China. Ninguna oposicion habian encontrado por parte de los tártaros

occidentales, poco celosos de algunas plazas dispersas en los dilatados espacios en que siempre andan ellos errantes; al contrario estaban muy gustosos con las caricias que continuamente se les hacian, y con las muchas comodidades que les proporcionaba el trato con los moscovitas. Pero los orientales, disciplinados de otro modo, y vasallos de los Emperadores que ellos mismos habian dado á la China, estrañaron mucho que unos desconocidos fuesen á edificar fortalezas en su territorio, y se opusieron á viva fuerza á semejantes empresas. Arrasaron dos veces una de estas fortalezas, y los moscovitas la reedificaron tercera vez, en tales términos, que la creyeron inespugnable. Reunidos los mancheus y los chinos volvieron á sitiarla; pero como la artillería europea estaba mejor servida que la de ellos, inutilizó por mucho tiempo sus esfuerzos, y aun les hizo temer que nada adelantarian con la perseverancia. Por otra parte, recelaba su Soberano que los rusos sublevasen contra él á los tártaros occidentales, que eran sus mas formidables enemigos, y que uniendo sus fuerzas hiciesen una irrupcion, y quizá una segunda revolucion en la China. Además, no tardaron en cansarse de una guerra que los privaba de la vida afeminada que en todos tiempos ha gustado mucho á los chinos, y á la cual iban aficionándose tambien los mancheus. Fuera de eso, esta guerra era muy gravosa á los moscovitas, como que habian de mantener un egército en los desiertos, á mas de mil leguas de Europa. Tratóse, pues, de hacer la paz; y se participó al Emperador de la

China que á este efecto enviaba el Czar sus plenipotenciarios á Selinga, ciudad de los rusos distante cuatrocientas y cincuenta leguas de Pekin. Despues se fijó el lugar de las conferencias, de acuerdo entre las dos coronas, en la plaza de Nipchou, tambien de los rusos, con lo que se abreviaba ciento cincuenta leguas el camino de los plenipotenciarios chinos. La embajada de esta nacion fue de una magnificencia nunca vista en Europa. Además de los cinco plenipotenciarios, cuyos gefes eran el tio del Emperador y el Príncipe Sosan, tio de la Emperatriz, iban ciento y cincuenta mandarines de los mas respetables, con una comitiva de mas de diez mil personas. Como los moscovitas habian puesto en latin las cartas que enviaban al Emperador, quiso que los padres Gerbillon y Pereira, hábiles en esta lengua é instruidos además en las costumbres europeas, acompañasen tambien á los embajadores, y los autorizó con la dignidad de mandarines, para hacerlos mas respetables á los rusos.

38. Las dos naciones, distintas absolutamente en usos y costumbres, y encaprichadas ambas á dos con las ideas de preeminencia, se indispusieron desde luego en vez de conciliarse; y estaban las cosas en tan mal estado, que casi se habia perdido toda esperanza de ajustar la paz, cuando el padre Gerbillon se obligó á reducir á los moscovitas si se le permitia pasar á su campamento. Aceptóse la propuesta: permaneció algunos dias entre ellos, y les dió á conocer sus verdaderos intereses: que lo que mas les importaba, en vez de perder el tiempo en conquistar

algunas fortalezas de poca entidad construidas en un desierto, era el precioso comercio de la China, por el cual refluirían en su patria la abundancia y las riquezas de todo el oriente; y que por otra parte les era necesaria la paz, á fin de consolidar sus establecimientos en la Tartaria, pues con dificultad podrian conservarlos si el Emperador de la China hacia en ellos una irrupcion con todas sus fuerzas. Estas razones eran visibles: quedaron convencidos con ellas los moscovitas; firmaron el tratado, y las dos naciones se mostraron igualmente satisfechas. La rectitud, verdaderamente magnánima, del Príncipe Sosan, atribuyó á los misioneros todo el éxito de esta empresa, y desde entonces se declaró protector de la religion que predicaban, y amigo íntimo del padre Gerbillon.

Procuró, pues, tranquilizar desde luego á este misionero contra los atentados del virey de Chekiam, prometiéndose que cederia por la consideracion de que el mismo Príncipe habia sido el autor de su fortuna. „Este hombre (dijo) me debe tantos favores, que no me negará lo que le pida. No dudeis que reparará lo que ha hecho contra la ley de Dios. (Así llaman los chinos al cristianismo). Yo respondo, añadió, del éxito de este asunto, y os empeño mi palabra.” Al momento escribió una carta muy eficaz al virey, para que se reconciliase con el padre Intorcetta, y reparase lo que habia hecho contra la Religion cristiana. Pero esta carta no produjo ningun efecto, porque habia pasado ya muy adelante el virey, y era muy difícil reponer las cosas en su primer estado, sin

que quedase ofendido su orgullo. Por otra parte, conocia cuán delicado era este asunto, aun para el mismo Emperador, y ya habia él hablado de esto con sus amigos. „Porque al cabo (les decia) si el Emperador se declarase abiertamente protector de esa religion estrangera, escitaria entre los chinos las quejas mas peligrosas, violando las leyes fundamentales del estado, por aprobar una religion contraria á la de los sábios y filósofos, que es la única que está autorizada en el imperio desde su fundacion; dejando á un lado el resentimiento de los lamas, bonzos y dervises, los cuales mirarian esta distincion como sumamente injuriosa á sus sectas, que solo están toleradas. Tambien se indispondrian con él los tártaros, que son sus vasallos mas fieles, pues adorando ellos á todos los dioses sin creer en ninguno, no podrian menos de llevar á mal que sin necesidad y sin ningun interés se hiciesen objeto del ódio público por un asunto de religion.”

Volvió el Príncipe á escribir con mas eficacia al obstinado virey. El único efecto de esta carta fue el perdon personal que se concedió al padre Intorcetta, y la libertad que se le dió para permanecer en su iglesia. Pero el perseguidor á fin de obviar los nuevos obstáculos que pudieran suscitarse contra su empresa, la activó mas y mas, y se dedicó malignamente á complicarla de tal modo con las formalidades judiciales, que era casi imposible desentrañarla.

No quedaba mas que un camino para poner en salvo el cristianismo, esto es, el recurso inmediato

al Emperador, el cual hablaba del Evangelio con mucho aprecio, pero no podia prescindir de un gran número de consideraciones políticas. Muchas veces habian reclamado su proteccion los jesuitas de Pekin contra las estorsiones imprevistas que de cuando en cuando padecian los cristianos en las provincias remotas. Siempre los habia oido favorablemente; pero por lo mismo temian que se cansase de su importunidad en un asunto principiado y dirigido con arte y método, bajo los auspicios de la ley y con todas las formalidades legales. No obstante, como se trataba de la suerte definitiva del Evangelio en el imperio, creyeron que debian arriesgarlo todo, despues de implorar el auxilio del cielo, y de tomar todas las precauciones que exigia un paso tan delicado. La primera fue comunicar su designio al Príncipe Sosan, el que, consultando únicamente su generosidad, y despreciando el peligro de esponerse, aprobó su resolucion, asegurándoles que les serviria con toda su autoridad é influjo, y que podian contar con él como con el mas fino y leal amigo.

39. Los jesuitas que se hallaban en Pekin, y á quienes honraba siempre el Emperador con demostraciones de benevolencia, fueron todos á palacio, hicieron una relacion fiel de cuanto habia pasado en la provincia de Chekiam, y se postraron ante el Emperador llorando y suplicándole que los librase por último de las continuas vejaciones que padecian con motivo de las antiguas órdenes dadas contra el ejercicio de la Religion cristiana. „Si siempre ha de ser

un delito en vuestros vasallos (le dijeron) el abrazar el cristianismo, no nos queda otro recurso que el de retirarnos de vuestro imperio. Vuestra Magestad sabe muy bien que si hemos dejado la Europa, abandonado nuestros parientes y amigos, renunciado nuestros bienes y toda esperanza de fortuna, ha sido con el único objeto de hacer que sea conocido Jesucristo hasta en las estremidades del mundo. Es verdad que los distinguidos favores con que á cada paso nos honra un Príncipe tan grande, esceden infinito á los cortos servicios que puede esperar de nosotros; pero estando, como estamos obligados por nuestra profesion á no buscar los bienes ni los honores de este mundo, la única ventaja que puede lisongearnos, y la que pedimos á vuestra Magestad, es que revoque los edictos contrarios á la ley del verdadero Dios, y que permita á los predicadores del Evangelio anunciarle en todo su imperio, y á sus vasallos abrazarle con toda libertad.”

El Emperador les ofreció desde luego calmar con órdenes secretas la persecucion de Chekiam. Despues de manifestarle los padres su agradecimiento, añadieron que se habia hecho demasiado ruidosa aquella persecucion, y que atendidos los grandes perjuicios que habia causado á la ley de Dios, no podrian repararse éstos sino en virtud de órdenes públicas. Ya fuese que el Príncipe quedase resentido de la libertad de estas palabras, ó que se dejase llevar de consideraciones políticas, se mostró descontento, y no les dió mas respuesta; pero amaba verdaderamente á

estos padres, los cuales le habian sido muy útiles en su menor edad, le daban diariamente lecciones de matemáticas, los llevaba consigo en todos sus viages, y los trataba con una afabilidad sin egemplar entre los Soberanos de Asia, y principalmente de la China. Mandó que los llamasen el día siguiente, y les dijo que mirasen bien si les tendria mas cuenta conformarse con lo que les habia propuesto, ó presentarle un recurso formal, á fin de conseguir lo que pretendian. El paso era delicado, y si se erraba, podian ser terribles las resultas; pero el Emperador estaba bien dispuesto, y aquel mismo día les envió diferentes platos de su mesa, que es uno de los mayores favores que pueden hacer aquellos Príncipes, aun á las personas de la mas distinguida nobleza.

Trajeron á la memoria la estimacion que hacia de la Religion cristiana, y que habiendo sospechado antes de esto que solo se negaba á protegerla abiertamente, porque la creía del todo estraña en la China, y no pensaba que jamás se hubiese predicado en ella, les habia parecido que le hizo una impresion extraordinaria la noticia que le dieron de un monumento hallado en 1625 en la provincia de Chensi. Parecia, en vista de él, que se habia predicado el Evangelio en la China mas de mil años antes: que en lo antiguo se dedicaron muchos Emperadores á promoverle y propagarle, y que en la mayor parte de las provincias habian erigido templos al verdadero Dios. Se habia asegurado el Emperador de la verdad de estos hechos por la inspeccion del monumento en que estaban

consignados, y se conservaba en un templo de Siña-fou, capital de Chensi.

Por esto tomaron el partido de presentar un recurso formal: y usando diestramente de la gran confianza que tenian con el Emperador, estimularon su beneficencia, suplicándole que apoyase su demanda en el tribunal de ritos, que les era poco favorable. Sin acusar al virey de Chekiam, ni quejarse de nadie, pedian que la cualidad de cristiano no fuese un titulo para ser perseguido ni maltratado: que no enseñando la religion cristiana cosa alguna que sea contraria á la sana moral, ni á las leyes politicas, sino antes bien las máximas de la mas pura moral y la práctica de las mas sublimes virtudes, no era justo que entre el gran número de sectas toleradas en el imperio, solo estuviese proscrita la ley del verdadero Dios; y que si hallaban algo que reprender en su doctrina, estaban prontos á responder sobre cada artículo de un modo que disipase todas las dudas.

Llevaron este recurso al Emperador á tiempo que estaba en una casa de campo, para que tuviese la bondad de examinarle privadamente antes que se le presentasen en público; y habiéndole leído, les dijo, que segun estaba dispuesto haria poca ó ninguna impresion en los mandarines: que despreciarian éstos las razones fundadas en la escelencia del cristianismo, y que se necesitaban motivos de mayor interés para los chinos, los cuales suelen hacer poco caso de lo que no cede visiblemente en utilidad propia. En fin, haciéndoles el Príncipe un favor increíble, se